

## JUSEPE RENAÓ Y EL CEREMONIAL DE LA CORTE DE LOS VIRREYES DE NÁPOLES

DIEGO SOLA | UNIVERSIDAD DE BARCELONA

### RESUMEN

Durante el primer tercio del siglo XVII la corte virreinal de Nápoles alcanzó un alto grado de desarrollo y madurez en su organización y su ceremonial. La prácticamente consecutiva aparición de dos importantes manuales de ceremonias, elaborados por dos ujieres mayores de los virreyes, Miguel Díez de Aux y Jusepe Renao, dan cuenta de la sofisticación ceremonial de que es protagonista una corte como la napolitana en el contexto de la monarquía hispánica de los Austrias. El segundo de estos textos, un elaborado manual de ceremonias compilado por Jusepe Renao, activo entre los años 1622 y 1637, es el punto de partida para una serie de consideraciones en torno al creciente interés por el ceremonial en ese preciso momento histórico.

### PALABRAS CLAVE

Nápoles, monarquía hispánica, virreyes, corte, ceremonias, representación.

### ABSTRACT

*During the first third of the seventeenth century the viceregal court of Naples reached a great development and maturity in their organization and ceremonial. The appearance (almost consecutive) of two books of ceremonies, made by two masters of ceremonies of the viceroys, Miguel Díez de Aux and Jusepe Renao, explains the ceremonial sophistication that happens in a court as the Neapolitan in the context of the Spanish monarchy of the Habsburgs. The second of these texts, an elaborate ceremonies manual compiled by Jusepe Renao, active from 1622 to 1637, is the starting point for a set of considerations around the growing interest in the ceremonial at that historic moment.*

### KEYWORDS

*Naples, Spanish monarchy, viceroys, court, ceremonies, representation.*

El martes 14 de abril de 1601 el VI conde de Lemos, Fernando Ruiz de Castro, y su esposa, Catalina de Zúñiga, virreyes de Nápoles, se disponían a recibir la felicitación de la ciudad. ¿El motivo? Era el aniversario del rey Felipe III, que desde hacía cuatro años gobernaba la vasta Monarquía Católica de los Austrias, un imperio en el cual Nápoles se había convertido en una pieza clave de la dominación territorial en Europa y en el Mediterráneo.

Ciertamente, Nápoles era la *città nobilissima* que desde 1504 estaba bajo control hispánico a raíz de la conquista de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Él fue el primer virrey de la dominación española moderna, que se prolongaría hasta el estallido de la Guerra de Sucesión en los inicios del siglo XVIII.

Aquel martes, 14 de abril, los condes de Lemos eran felicitados por el aniversario real. Y esto no era baladí. Tal y como escribió el maestro de ceremonias de *palazzo* de aquellos años, Miguel Díez de Aux, el virrey representaba «a la propia Persona Real»<sup>1</sup> y, en su defecto, toda su vida en el ejercicio del cargo virreinal se veía envuelta por la representación del personaje real. El virrey proyectaba la imagen del *rex hispaniorum*. En consecuencia, al felicitar y agasajar al virrey se felicitaba y se agasajaba al monarca.

Desde los tiempos de la dinastía angevina, a finales del siglo XIII, Nápoles se había consolidado como un gran centro cultural y político del sur de Europa. Durante el virreinato español este hecho fue inseparable de la magnificencia cada vez mayor de su corte virreinal y el reino fue desde 1504 un destino habitual de la más alta nobleza, primero aragonesa y, desde 1532, castellana: Hugo de Moncada, Pedro Álvarez de Toledo, marqués de Villafranca del Bierzo; o Fernando Álvarez de Toledo, el Gran Duque de Alba fueron virreyes de Nápoles en el siglo XVI. La dignidad aristocrática de las familias que ocupó el cargo virreinal siguió en el siglo XVII: los Ruiz de Castro de la casa de Lemos, los Álvarez de Toledo de la casa de Alba, los Vélez de Guevara de la casa de Oñate, los Núñez de Guzmán de la casa de Medina de las Torres o los de la Cerda de la casa de Medinaceli... y un largo etcétera. La grandeza de la corte napolitana estaba íntimamente ligada al esplendor de las casas señoriales castellanas (y alguna aragonesa durante los inicios del virreinato español) que se establecían al otro lado del Mediterráneo occidental.

Precisamente, en ese año de 1601, en absoluta correspondencia con el peso que estaba cobrando Nápoles, el virrey conde de Lemos ordenó a Domenico Fontana, el arquitecto de la Roma de Sixto V, la construcción de un nuevo y suntuoso palacio real en la capital del viejo reino napolitano. Fueron las nuevas exigencias de la representación del poder y la expectativa de un viaje jamás efectuado de Felipe III a Nápoles lo que llevaron al virrey a emprender en ese momento la cons-

---

<sup>1</sup> DÍEZ DE AUX, 1620: 20.

trucción de un nuevo palacio<sup>2</sup>. Exigencias de la representación del poder que pusieron de relieve la necesidad de un ceremonial bien organizado y bien consolidado para cumplir óptimamente los objetivos de representación real por parte de los virreyes.

Estos virreyes que en las primeras décadas del siglo XVII viajaban a Nápoles se desplazaban a una corte que, excluyendo el personal de seguridad del palacio, tenía en nómina a unas ciento cincuenta personas dedicadas a los llamados *oficios de corte*<sup>3</sup>: aposentadores, camareros, pajes, lacayos, criados, mozos de cámara, guardarropas, oficiales de recámara, de cocina... La lista era muy larga. Aunque se situaba lejos del grosor de la estructura cortesana del rey en España<sup>4</sup>, la delimitación de todo el conjunto de funciones de servicio cortesano puede ser interpretada como una muestra de madurez de la corte.

No en vano, Jusepe Martínez, pintor aragonés, manifestó al visitar el Nápoles virreinal en 1625 que la ciudad era «la más opulenta de toda Italia por sus muchos príncipes y señores y la gran corte de sus virreyes», la grandeza de la cual era «más grande y majestuosa que la de muchos reyes, siendo Nápoles no más que un virreinato»<sup>5</sup>. El comerciante inglés James Howell, de visita en Nápoles en 1618, llegó a afirmar que la grandeza del rey de España era más evidente en Nápoles que en la propia España<sup>6</sup>.

Es en este conjunto de factores que a lo largo del siglo XVII se entiende el desfile napolitano de personalidades de la más alta nobleza castellana, personalidades que ansiaban establecerse en Nápoles al servicio del rey y para quienes Nápoles suponía el mejor momento de su carrera al servicio del monarca.

## UN MANUAL DE CEREMONIAS

Un salto en el tiempo. En 1853 Miguel Salvá dirigía la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Salvá (1792-1873), mallorquín, eclesiástico y erudito, fue bibliotecario del duque de Osuna y de la Real Academia de la Historia. Eustaquio Fernández de Navarrete (1820-1866), nieto de Martín Fernández de Navarrete (1765-1844), director de la Academia de la Historia desde 1824 y que tenía un gran interés por la historia política y militar de la monarquía hispánica de los siglos XVI y XVII, emprendió para la Colección la transcripción de un manuscrito

<sup>2</sup> PALOS, 2010: 47-48.

<sup>3</sup> MUTO, 158 (Madrid, 2003): 7.

<sup>4</sup> Véase ELLIOTT, 1990: 182.

<sup>5</sup> MARTÍNEZ, 1988: 98.

<sup>6</sup> CAPUANO, 1998: 93.

del Nápoles de la década de 1630. Esta obra, que lleva por título *Libro donde se trata de los Virreyes, lugartenientes del Reino de Nápoles, y de las cosas tocantes a su grandeza*, es un conjunto de biografías de los virreyes napolitanos de la dominación española, desde la conquista de 1504 por el Gran Capitán hasta el virreinato del conde de Monterrey, Manuel de Zúñiga y Fonseca, que finaliza en 1637. El autor es Jusepe Renao (que en la edición de la CODOIN se convierte misteriosamente en *José Raneó*), portero de cámara de la corte napolitana, ujier mayor y maestro de ceremonias, al servicio de los virreyes Antonio Álvarez de Toledo y Manuel de Zúñiga.

Miguel Salvá escribió en el prólogo de la edición de Eustaquio Fernández de Navarrete del *Libro* de Renao que la fuente que se transcribía en ese volumen procedía de la biblioteca privada del abuelo de Fernández de Navarrete<sup>7</sup>. Y además, añadió lo siguiente:

«Por desgracia [el manuscrito] no está completo, y todas las diligencias que hasta ahora he hecho para completarlo, han sido infructuosas. La parte que comprende el tomo, que para en mi poder, es un catálogo razonado de los Vireyes de Nápoles hasta el conde de Monterey (...). Falta por lo que se ve lo más curioso de la obra. Su hallazgo nos enteraría de las instrucciones y de las instrucciones ceremoniosas y graves de los españoles de aquel período (...)».

Desde luego, Salvá no podía ir más desencaminado. En 1912 Antonio Paz y Meliá publicó en la *Revue Hispanique* un trabajo titulado *Etiquetas de la corte de Nápoles (1634)*. Y he aquí «lo más curioso de la obra»: la segunda parte del manuscrito de Jusepe Renao que era, en efecto, un despliegue pormenorizado del trabajo cotidiano del autor. Renao, como maestro de ceremonias de los virreyes, se dedicó a describir negro sobre blanco la etiqueta y el ceremonial de la corte virreinal, con sus grandes fiestas y grandes eventos, el mismo ceremonial que ayudó a prestigiar una corte virreinal famosa en su tiempo.

Paz y Meliá escribió en el prólogo de la edición (una transcripción muy literal del manual de ceremonias de Renao) que esta parte fue encontrada entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid y que tenía un *ex libris* que identificaba el anterior propietario: Fernando José de Velasco. Siguiendo la pista de este nombre se encuentra que Fernando José de Velasco fue barón y caballero al servicio de Carlos III. El manuscrito en su conjunto, el *Libro de los virreyes* y su valioso manual de ceremonias, es hoy la signatura *BNM 2979* de la Biblioteca Nacional de Madrid.

<sup>7</sup> FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, 1853: 11-14.

## LAS CEREMONIAS

Si la presencia del virrey en Nápoles, su ciudad y su reino, era la presencia del propio rey en la ciudad y en el territorio, su ceremonial debía ser la magnificación de la dignidad real sobre ese territorio. En el manuscrito de Renao, el repertorio de eventos, fiestas y ceremonias es amplísimo: desde la llegada de un príncipe polaco a la ciudad hasta las fiestas por la coronación de un soberano del Sacro Imperio, gobernado por la misma familia que gobierna desde el centro de la monarquía hispánica. En cada uno de sus epígrafes, Renao incorporaba su dimensión de cronista, ya desarrollada en su compendio de biografías de virreyes, y presentaba al lector escenas y actores concretos. También copió acontecimientos que difícilmente pudo vivir, como la descripción de una entrada real, la de Carlos V en 1535.

La obra de Renao se caracteriza, esencialmente, por una completa regulación de las ceremonias donde participaba el virrey, desde su llegada al reino que había de gobernar (una ceremonia de entrada virreinal, por mar, que por su complejidad ritual y escénica nada tenía que envidiar a los usos generales de una entrada real) hasta su marcha.

Dentro de esa constelación de ceremonias, el ritual de las audiencias era especialmente complejo y caótico, de ahí que el propio Renao se tomase la necesaria licencia de hacer referencia a su oficio diciendo:

«El Maestro de Ceremonias tiene de estar delante del Virrey a mano diestra con su bastón en la mano, no permitiendo que ninguno ponga el pie encima de la tarima, y tan lejos que no tiene de poder oír lo que se habla...»<sup>8</sup>.

El ejercicio del cargo virreinal suponía una evidente interacción con la ciudad y sus instituciones. También con su nobleza, rica y antigua, sin olvidar que todo se circunscribía en un espacio claramente aristocrático, dentro del cual el virrey era el centro de un sistema social elitista donde todos tenían un papel y un espacio determinado. La lista de nombres y títulos nobiliarios inunda el manuscrito del ceremoniero comenzando, al inicio de sus páginas, por un completo índice de creación real de títulos del reino de Nápoles, un listado que debía servir al ceremoniero como guía para moverse en esa escena poblada de nobleza titulada, el famoso *baronaggio*. La forma en que esta nobleza se relacionaba con la autoridad real (el virrey) evidencia lo que escribió Roger Chartier en su prólogo a *La sociedad cortesana* de Norbert Elias (recopilado posteriormente en una miscelánea sobre historia cultural) donde consideraba el espacio de la corte, «como una formación social en donde se definían de una manera específica las relaciones existentes entre los sujetos sociales y donde las dependencias recíprocas que ligan a los individuos unos con otros engendran códigos y comportamientos originales»<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> RENAÓ, 1637: 115 r.

<sup>9</sup> CHARTIER, 1992: 83.

Mención aparte merece la descripción de las fiestas de la ciudad y de la corte: principalmente el baile y sarao en palacio (con la sugerente danza del hacha virreinal, sustituida en verano por un abanico) y las grandes conmemoraciones en las calles de la ciudad (en ocasión, por ejemplo, de las victorias y paces conseguidas por el soberano y sus ejércitos, celebradas con luminarias por toda Nápoles y fuegos y cañonazos disparados desde los castillos), sin olvidar, tampoco, la extensa lista de procesiones del rico calendario litúrgico anual: además del ciclo de Semana Santa y triduo pascual, las tres celebraciones anuales de San Genaro, patrón de Nápoles, en diciembre, mayo y septiembre. Estos apartados permiten conocer bien el vínculo que se establecía entre los inquilinos del palacio real y el día a día de la ciudad y su reino.

No debe olvidarse en este punto lo que era, al final de todo, el gran objetivo del ceremonial virreinal: la proyección escénica del nexo personal del reino –del reino de Nápoles– con la monarquía, con el rey. De aquí todos los epígrafes que siguen el curso vital de reyes, reinas y príncipes: aclamación de un nuevo rey, funerales reales, nacimiento de príncipe... En ocasión de esas grandes fechas vinculadas a la biografía real o principesca, irrumpía la fiesta real, una fiesta *colectiva*, abierta a la ciudad, que cumplía este objetivo político: en una monarquía diversa como la de los Austrias, el universo festivo era utilizado como medio e instrumento simbólico para afianzar la unión personal de los diversos territorios de la Corona. Unir al territorio con su rey mediante la celebración de las efemérides reales, exaltando así la gloria de la monarquía.

¿Qué papel jugaba el virrey en ese nexo de unión a la Corona? El rey había aceptado que en Nápoles hubiera un *alter nos* con una carga simbólica reforzada, conforme a la política de adaptación del oficio virreinal a las exigencias simbólicas y la dignidad de cada uno de los estados del soberano: si en algunos lugares los lugartenientes generales quedaban liberados de la carga de actuar como reyes, en Nápoles ocurría lo contrario: el virrey-lugarteniente general del reino era como el rey. Y había de ser así en cumplimiento de una ordenanza de Carlos I, cuando el reino de Nápoles dependía del Consejo de Aragón, donde expresó: «Nápoles (...) queda a nuestra libre voluntad y no tiene menester de confirmación por la preeminencia y qualidad del dicho reyno y por ser en el lugar que es donde depende el sossiego de toda Italia por el qual es menester tener el virrey en mas autoridad y reputación»<sup>10</sup>. O, dicho de otro modo, «la cabeça del virrey representa nuestra persona», como manifestó Felipe II en una carta del 16 de junio de 1574 que Renao incluyó al inicio de su ceremonial<sup>11</sup>, quedando en manifiesta evidencia la dignidad suprema del cargo del virrey.

<sup>10</sup> «Ordenanças por el consejo de aragon» de Carlos I en Archivo di Stato di Vercelli [ASV-FAG], mazzo 7 (pero 8), núm. 7, citadas en RIVERO, 2011: 80.

<sup>11</sup> RENAÑO, 1637: 87 v.

Los motivos de esta *sobrecarga* simbólica y política del cargo virreinal iban más allá de una mayor carga histórica del territorio gobernado. El virrey de Nápoles no representaba al rey de España exclusivamente como *rex hispaniorum* sino que también representaba el título de *rex napolitanum*, como legal y jurídicamente estaba constituido el propio reino de Nápoles. Esto explica la forja progresiva, desde los tiempos de la ordenanza de Carlos I hasta el esplendor del siglo XVII, de un distanciamiento ceremonioso que legitimaba la presencia real mediante el virrey y buscaba el arraigo en las tradiciones locales, manifestándose dicha particularidad en la organización de la corte virreinal y en su propio ceremonial<sup>12</sup>.

### EL OFICIO DE CEREMONIERO

Jusepe Renao sirvió al duque de Alba y al conde de Monterrey como maestro de ceremonias. En los manuscritos de los ceremonieros subyace la dimensión profesional e incluso vital de estos personajes dedicados a seguir todos los pasos de su señor, el virrey, ocupándose de que toda ceremonia pública se desarrollara con el mayor orden y decoro posible. Esto no tenía porque ser siempre así. La existencia de la fuente no presupone el éxito de un acontecimiento y su desarrollo óptimo, una coordinación absoluta de todos los elementos que entraban en escena. Más bien evidencia las recurrentes dificultades de un maestro de ceremonias en su intento porque todo se desarrollara sin imprevistos.

Un sólo ejemplo. Renao detalló largamente la entrada de un nuevo virrey a la ciudad. Y escribió:

«Hizo alto en Gaeta<sup>13</sup> donde, habiendo dado aviso de su llegada, se le hizo el recibimiento y honras acostumbradas a los demás señores Virreyes que hayan venido a este Reino con dicho cargo, como queda escrito en las entradas que hacen los Virreyes, que es el orden que hasta hora se ha tenido y que de aquí adelante se tiene de tener y observar»<sup>14</sup>.

Es imperativo: el «orden que hasta ahora se ha tenido» y el que ha de tenerse de ahora en adelante. Aquí, indirectamente, Renao se delata. Se delata en el hecho que un maestro de ceremonias siempre intentaba oficializar la escena y el ceremonial, normalizándolo el máximo posible. Pero la realidad es que tal vez Renao nunca presenció una entrada virreinal en el legendario puerto de Gaeta, un puerto que en la mitología romana acogía los restos de la nodriza de Eneas. Siguiendo las biografías que el propio Jusepe Renao escribió de los virreyes a los que él sirvió

<sup>12</sup> HERNANDO, 2004: 48.

<sup>13</sup> Hace referencia a Juan Alonso Pimentel de Herrera, conde de Benavente, virrey entre 1603 y 1610.

<sup>14</sup> RENAÓ, 1637: 21 r.

(Antonio Álvarez de Toledo y Manuel de Zúñiga), se ve como ninguno de ellos llegó a Nápoles entrando desde Gaeta. Tanto el duque de Alba como el conde de Monterrey llegaron a Nápoles desde Roma, por tierra, donde habían ejercido misiones diplomáticas ante el pontífice romano. Renao, no obstante, intentaba llamar a la observancia de la tradición: «el orden que hasta hora se ha tenido y que de aquí adelante se tiene de tener y observar».

Pero, ¿quiénes eran estos maestros de ceremonias?

Fue Juan de Garnica el primer personaje del que se tiene constancia escrita de una obra descriptiva de las ceremonias del Nápoles virreinal. Aunque no fue, propiamente, lo que se conoce como ceremoniero<sup>15</sup>, sí fue un preciso testigo ocular de las manifestaciones del poder de esos grandes nobles venidos de Castilla a gobernar las posesiones del rey de España.

Su obra, documentada alrededor de 1595, sitúa al lector en los tiempos del virrey conde de Miranda (en el largo decenio 1586-1595), el penúltimo virrey nombrado por Felipe II. Era un Nápoles diferente al que más adelante retratarán los dos grandes ceremonieros del XVII, Díez de Aux y, especialmente, Jusepe Renao, ya que la construcción de un nuevo centro arquitectónico de poder, el gran palacio real de Domenico Fontana, aún era un sueño no soñado, si bien son tantos los inconvenientes e incomodidades que halló Garnica en el *palazzo vecchio* que pareciera haber deseado la construcción de algo completamente nuevo. En aquellos años finales del siglo XVI, la institución virreinal vivía de la herencia remozadora del virrey Pedro de Toledo (1532-1553), el gran urbanizador del Nápoles virreinal, como atestigua el actual nervio principal de la ciudad, la famosa Vía Toledo.

Garnica publicó en Roma la *De Hispanorum Monarchia* que incluía dos tratados, el primero sobre la amenaza turca en los años finales del siglo XVI; el segundo, una descripción de aspectos ceremoniales de la ciudad de Nápoles, particularmente las audiencias públicas del virrey. Según parece, Garnica estaba bajo la protección del duque de Sessa Gonzalo Fernández de Córdoba y en 1595 se esperaba su nominación a la más alta magistratura napolitana<sup>16</sup>. La corte de Felipe II, no obstante, ratificó a Enrique de Guzmán, conde de Olivares y padre del futuro y poderoso valido de Felipe IV. Al parecer Garnica pretendía ofrecer un panorama general a su protector, el duque de Sessa.

Esta obra es importante por presentar un contexto general de la ceremonia virreinal: audiencias, celebraciones y el palacio de los virreyes (el *palazzo vecchio* de don Pedro de Toledo). Garnica fue un testigo de la realidad napolitana de aque-

<sup>15</sup> ANTONELLI, inédito.

<sup>16</sup> CHERCHI, 1974 (Nápoles, 1974): 213-214.



llos años y hoy resulta de gran utilidad para conocer la herencia que recibirían Díez de Aux y Renao, los grandes ceremonieros del siglo XVII.

Miguel Díez de Aux, el autor del manuscrito de en torno a 1620 titulado *Libro en que se trata de todas la ceremonias acostumbadas hacerse en el palacio real del reino de Nápoles* y directo antecesor de Renao en el cargo de maestro de ceremonias, fue una figura vinculada a la institución virreinal ya desde los tiempos del primer duque de Alcalá, virrey entre 1559 y 1571. Lo singular de Díez de Aux es que desarrolló su función en los tiempos en que se proyectaba, bajo la dirección de Domenico Fontana, el nuevo palacio real. Y además, ejerció su oficio durante unas cuatro décadas, algo muy poco habitual en el mundo de los maestros de ceremonias. Díez de Aux, cree Sabina de Cavi, ejerció intermitentemente como ceremoniero entre 1580 y 1620<sup>17</sup> y fue jubilado, superando los setenta años de edad, en la década de 1620 por Jusepe Renao, un hombre tal vez de origen catalán o valenciano, según De Cavi, que había servido como capitán en la Apulia, la más meridional de las regiones italianas de las costas del mar Adriático. Esta relación es sabida a través de una documentación hallada en el Archivo General de Simancas<sup>18</sup>, aunque bien podría tratarse de otro Renao. No obstante, el Renao ceremoniero recogió el testigo a Díez de Aux en un sentido estricto pues su manual de ceremonias bebe directamente de los escritos de su predecesor. Esta simbiosis de un texto con el otro simplemente atestigua que la ceremonia política era, además de un cumplimiento de las necesidades políticas del Estado –personificado, en este caso, en la figura del virrey–, una sucesión –una repetición– de rituales ya conocidos que afianzaban la tradición en el poder.

Algunos azares del oficio: el maestro de ceremonias, como otros cargos de corte sujetos a las fidelidades y mercedes del mundo de la nobleza, ejercía su profesión de manera intermitente en el tiempo. El propio Renao, maestro de ceremonias desde 1622, no ejerció de ceremoniero en el lapso del virreinato de Fernando Afán de Ribera, tercer duque de Alcalá (1629-1631), cuando, según el escritor napolitano Giulio Cesare Capaccio se hizo cargo de este cometido el vizcaíno Miguel Vergara<sup>19</sup>. El escritor también hizo un generoso elogio al ujier mayor, el maestro de ceremonias, en su *Il forastiero*, que así se titula su principal obra, señalando que el oficio de ceremoniero era «di molto decoro e nobile».

Otros entresijos de la profesión: el maestro de ceremonias era una pieza de engranaje dentro de la corte virreinal, como señala Díez de Aux en su obra:

<sup>17</sup> DE CAVI, 2009: 217.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pág. 223.

<sup>19</sup> CAPACCIO, 1634: 276.

«Quanto a las ceremonias que en las casas reales y de principes se deuen usar, para que con mas lustre, decoro y grandeza se sirua en ellas y sean necessarias, es cosa muy bien sabida, y assi no haurà para que alargarme en esto, sino cumpliendo con mi obligacion escriuir las, cauo por cauo, y notar lo que en esta materia se deue obseruar en las occassiones solitas, y otras que se suelen offerer en esta casa y Palacio Real del Reyno de Napoles al uso y costumbre del y de la real casa de Borgoña, dice Aux que el ceremonial de Nápoles es el de Borgoña? quales han de usar y tener todos los virreyes que en este Reyno seran las è notado en este libro debaxo de la proteccion y amparo de Vuestra Excellencia para que sea defendido de lenguas, mordazes y maldicientes»<sup>20</sup>.

Como se ha visto, Miguel Díez de Aux sirvió largo tiempo a los virreyes de Nápoles (¡cuatro décadas!). Y a través de su ceremonial ofreció un testimonio de las envidias que, sin duda, se movían dentro de los contornos de dicho oficio. Lo singular del caso es que su *Libro en que se trata de todas la ceremonias* estaba dedicado a Antonio Álvarez de Toledo, V duque de Alba, y todas las loas que pueden leerse en su obra iban dirigidas a un duque de Alba que, finalmente, acabó prescindiendo de sus servicios y *contratando* a Renao. Peculiar agradecimiento por parte del aristócrata.

En todo caso, ser maestro de ceremonias implicaba tener una buena sintonía con el virrey, a tenor de lo que explica Díez de Aux en su libro, el cual, como ya se ha dicho, dedica una buena parte del papel a ensalzar el valor y la dignidad de los Álvarez de Toledo de la casa de Alba, en Nápoles. Si el viejo ceremoniero, Díez de Aux, con su contribución escrita compiló un «oloroso jardin de flores de tantos valerosos principes que han gouernado este Reyno»<sup>21</sup>, Renao acabó de pormenorizar la grandiosa pompa de la ceremonia napolitana y amplió la perspectiva cronista a la de un enciclopedista que radiografió cada virrey desde el Gran Capitán.

Tampoco debe olvidarse que el ceremoniero, en su fuente, era parte interesada de sus intereses, valga la redundancia, y de los de su aristócrata señor. Un sólo ejemplo: Renao, en su biografía del conde de Monterrey, al que sirvió fielmente en la década de 1630, pasó de largo por los verdaderos motivos que llevaron a Monterrey a abandonar el cargo de virrey en 1637. Renao escribió lo buen señor que Monterrey fue y lo mucho que lloró la ciudad su marcha. ¿Motivos reales? La enemistad hacia el conde-duque de Olivares<sup>22</sup>, el todopoderoso valido de Felipe IV, que promovió el cambio de Monterrey por Ramiro Núñez de Guzmán, viudo de María de Guzmán y Zúñiga, hija del conde-duque, y casado en segundas nupcias con una destacada aristócrata de la familia Carafa, de notable y poderosa influencia en Nápoles. Es sólo una muestra de que la historia que escribió Renao es

<sup>20</sup> DÍEZ DE AUX, 1620: 4 r.

<sup>21</sup> *Ibidem*, folio 4 v.

<sup>22</sup> ELLIOTT, 1989: 669.

limitada en el contexto y en las implicaciones de actores y circunstancias diversas. Quizá, sin embargo, como corresponde a una obra con notoria carga laudatoria de figuras políticas y aristocráticas muy concretas.

De todos modos, desde un punto de vista historiográfico, la aportación del manual de ceremonias de Jusepe Renaó a los estudios de la corte y la representación del poder pasa por la sistematización de sus normas y su interpretación en el contexto cultural y político en que estas ceremonias se desarrollaron. Díez de Aux, en su texto, advirtió que el despliegue ceremonial de los virreyes seguía a pies juntillas el «uso y costumbre del y de la real casa de Borgoña»<sup>23</sup>, mimetizando así la etiqueta de la corte del rey. El ceremonial se convirtió en transmisor de una idea del poder y en una importación de esas ideas a territorios lejanos con el fin de acercarlos política y culturalmente a su centro.

El ceremonial virreinal napolitano parece ponerse al servicio de un proyecto cultural y político de Estado que buscaba el fortalecimiento de los vínculos centro-periferia y lo hacía mediante la bilocación escénica del rey en la figura de unos prestigiosos aristócratas, la élite de la nobleza castellana, que por unos años –los de sus correspondientes virreinos– debían ejercer de reyes en la distancia y, como el conde de Lemos un 14 de abril de 1601, recibir la felicitación por el cumpleaños del rey sobre su persona. Además de la sistematización y la comprensión del proyecto cultural y político que hay tras el ceremonial no debe olvidarse que tras esta escena de aniversario, y tras muchas otras, había un maestro de ceremonias –llámese Jusepe Renaó, llámese Miguel Díez de Aux– que tenía por misión afianzar un ceremonial tan solemne como el regio.

Y lo hizo también mediante una producción escrita (sus complejos manuales de ceremonias) que hoy permiten arrojar algo de luz en la compleja, tremenda, pomposa y elaborada ceremonia virreinal de un territorio, Nápoles, donde el virrey era mucho más que el lugarteniente general del reino.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- ANTONELLI, Attilio, *I libri cerimoniali del Palazzo reale di Napoli negli anni dei Vicere spagnoli*, pendiente de publicación.
- CAPACCIO, Giulio Cesare, *Il forastiero*, Nápoles, 1634.
- CAPUANO, Giovanni, *Viaggiatori britannici a Napoli*, Nápoles, LaVeglia, 1998.
- CHARTIER, Roger, «Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización» en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, 81-104.

<sup>23</sup> DÍEZ DE AUX, 1620: 4 r.

- CHERCHI, Paolo, «Juan de Garnica: un memoriale sul cerimoniale della corte napoletana», *Archivio Storico per le Province Napoletane*, Nápoles, 1974, 213-224.
- DE CAVI, Sabina, *Architecture and Royal Presence. Domenico and Giulio Cesare Fontana in Spanish Naples (1592-1627)*, Cambridge, University, 2009.
- DÍEZ DE AUX, Miguel, *Libro en que se trata de todas las ceremonias acostumbradas hazerse en el palatio del reyno de Nápoles y del gobierno*, Nápoles, 1620. Conservado en la Biblioteca Colombina de Sevilla, mss. 59-2-9.
- ELLIOTT, John H., *The Count-Duke of Olivares: The Statesman in an Age of Decline*, Yale, University, 1989.
- ELLIOTT, John H., *España y su mundo: 1500-1700*, Madrid, Alianza, 1990.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRERE, EUSTAQUIO Y RANEO [RENAO], José, *Libro donde se trata de los Virreyes, Lugartenientes del Reino de Nápoles, y de las cosas tocantes a su grandeza, compilado por José Raneo [Renaio]*, Madrid, 1853.
- HERNANDO, Carlos, «Los virreyes de la monarquía española en Italia. Evolución y práctica de un oficio de gobierno», *Studia historica*, 26 (Salamanca, 2004): 43-73.
- MARTÍNEZ, Jusepe, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*, edición de J. Gállego, Madrid, Akal, 1988.
- MUTO, Giovanni, «Capital y Corte en la Nápoles española», *Reales Sitios*, 158 (Madrid, 2003): 3-15.
- PALOS, Joan-Lluis, *La mirada italiana. Un relato visual del imperio español en la corte de sus virreyes de Nápoles*, Valencia, Universidad, 2010.
- RENAO, Jusepe, *Libro donde se trata de los Virreyes, Lugartenientes del Reino de Nápoles, y de las cosas tocantes a su grandeza*, Nápoles, 1637. Conservado en la Biblioteca Nacional de España, BNM 2979.
- RIVERO, Manuel, *La edad de oro de los virreyes. El virreinato en la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal, 2011.